

uno no nace mujer. se hace¹

Ana María Ramb²

Querida y siempre recordada Simone de Beauvoir, tenías razón. Esa frase con la que abrías tu libro *El segundo sexo* fue para mí una iluminación, en momentos en que me debatía entre el modelo de mujer ancestral y esa nueva mujer que nacía con su primer trabajo asalariado. Más adelante, a lo largo de mi existencia, pude comprobar que se nace más de una vez. La primera vez, cuando somos paridos/paridas por nuestra propia madre. Las otras veces, somos paridos/paridas por nosotros/nosotras mismas.

Claro que parir implica esfuerzo, cuando no dolor. Se dice que nuestro género está bien preparado para superarlo. Sucede que esto de hacerse mujer es cosa de todos los días.

Se ha dicho que el siglo XX fue el siglo de la Mujer. Por de pronto, en ese siglo la mujer irrumpió masivamente en el mundo del trabajo asalariado. Como cuando la primera Revolución Industrial sacó a las mujeres proletarias de su hogar para emplearlas en fábricas, la participación laboral de nuestras compañeras en el siglo pasado respondió a las exigencias de la sociedad y al momento histórico, un avance logrado al vaivén de las necesidades del capitalismo, para suplir la mano de obra masculina durante las dos grandes guerras, la de 1914 y la de 1939. Después, a las obreras y empleadas se las enviaba de nuevo a casa, mediante una sutil propaganda que exaltaba las delicias del hogar, o por la mecánica imposición de las 3 K favoritas del nazismo: Kinder, Kirche, Küche: Es decir, para las mujeres: los niños, la iglesia y la cocina: ése era el microcosmos donde debía moverse, y no más allá.

Esto quedó en parte superado, pero queda todavía mucho camino por recorrer. Es cierto que fue en ese siglo, el XX, cuando las mujeres aprendimos

(1) Intervención realizada en el Homenaje del IMFC al Día Internacional de la Mujer, que tuvo lugar en el Centro Cultural de la Cooperación "Floreal Gorini", el 7 de marzo de 2007.

(2) Escritora, periodista y docente. Coordinadora del Departamento de Literatura y Sociedad del Centro Cultural de la Cooperación «Floreal Gorini».

a definirnos desde nuestra propia mirada, no desde la mirada del hombre, o desde los valores instituidos por la sociedad. Es cierto también que, en medio de avances y retrocesos, de conquistas, despojos y rescates, las mujeres tuvimos (tenemos) que aprender a elaborar urgentes recapitulaciones entre lo que ocurre en el mundo exterior y lo que pasa dentro de nosotras. La Historia con mayúscula atraviesa nuestras pequeñas historias individuales, y entonces nos detenemos a contemplar el escenario histórico de nuestro tiempo, pero no desde una ventana, sino desde el mismo centro del paisaje, en medio de inestables equilibrios de poder del más variado tipo. *Mujer, fuera de tu cocina se decide qué pones (o no pones) en las cacerolas*, decía Bertolt Brecht.

Y de pronto la mujer se encuentra en medio de la lucha por la canasta familiar. Y para “parar la olla” busca alguna changa para trabajar a destajo dentro del hogar, porque en el barrio no hay guardería, y no tiene dónde ni con quién dejar los chicos. Y la parva de trabajo que le dan como “tarea para el hogar” es tan grande, que ni tiempo para ir al baño tiene. Como las trabajadoras a destajo suelen estar dispersas, rara vez juntan toda su bronca para que surja reforzada, convertida en una sola.

Si la mujer decide buscar un trabajo serio, con sueldo, cuando es madre de hijos pequeños, no entra siquiera a ser considerada postulante. Si espera a criarlos para volver al mundo del trabajo asalariado, tampoco le resulta fácil. “Pase la que sigue”. Si no tiene hijos y califica para el puesto, no sabe que dentro de la batería de pruebas para aprobar la aptitud física, está el test para el embarazo. Y no le dirán que el rechazo le sobreviene por estar embarazada.

Si al fin consigue trabajo, puede encontrarse con ritmos inhumanos contra los que lucharon no sólo los Mártires de Chicago, sino también las valientes obreras textiles de Nueva York, que reclamaban jornadas de ocho horas, descanso dominical, e igual salario por igual trabajo. Murieron en el incendio provocado por la patronal, y ese hecho hubiera caído en el olvido si Clara Zetkin no lo hubiese reivindicado. Clara Zetkin era amiga de Rosa Luxemburgo y de Lenin, fundadora del movimiento socialista y comunista alemán e internacional, y fue una incansable luchadora por la paz y la solidaridad entre los pueblos. En 1910, durante el Congreso Femenino Internacional de Copenhague propuso declarar un Día Internacional de la Mujer en recuerdo de las obreras textiles de Nueva York. No era impostada la propuesta, pues Clara Zetkin luchó sin claudicaciones por la igualdad política, económica, social, jurídica y familiar de la mujer.

También hoy hay que luchar por recuperar la jornada de ocho horas. Y aquella reivindicación, ya centenaria, de “a igual trabajo, igual salario”, si bien quedó consagrada en las leyes de muchos países y en los documentos de las Naciones Unidas, hoy por hoy en la Argentina, gracias a sucesivas crisis económicas, y a la precarización laboral de los años menemistas y delarruístas, que tarjetas Banelco por medio compraron votos de legisladores, parece haber quedado en el olvido. Habrá que rescatarla del polvo y levantarla de nuevo como estandarte de lucha. Como la Ley de la Silla de 1915, iniciativa parlamentaria del primer diputado socialista de América del Sur, el doctor Alfredo L. Palacios, que tenía como gran colaboradora de sus proyectos a la obrera socialista Carolina Muzzilli, una socióloga intuitiva de enorme talento y bravura.

Habrá que superar éstas y otras dificultades, rémoras y retrocesos. Pero en el proceso de reconquista, la mujer va adquiriendo conciencia. Conciencia de clase y mejor conciencia de sí misma. Tener conciencia es luchar junto a las/los otras/otros, y luchar consigo misma para dejar atrás a la mujer ancestral, con sus vendas y mordazas, la que vive con miedo y establece pactos de silencio, aun en su vida privada. “En el trabajo comencé a ser persona” me dijo una vez una obrera de la confección de la empresa Agrest; acababa de ser elegida delegada por sus compañeras y compañeros, y venía de una historia de violencia familiar que la había cosificado.

No vaya a creerse que, una vez inserta en el trabajo y superados los primeros escollos, ya señalados aquí, para la mujer los grandes problemas terminaron. Están faltando guarderías en las empresas que utilizan mano de obra femenina, o con considerable número de trabajadoras, y no se oye una sola voz para reclamarlas.

Por otra parte, a menor salario en igual trabajo, corre parejo con otra inequidad: por más que se esfuerce, se capacite y sea creativa, la mujer no siempre llega a cargos de representación y decisión.

Los cambios sociales y políticos tienen que luchar contra la rémora de las costumbres, enquistadas incluso en ámbitos donde se lucha por un mundo más justo.

Se hace necesario transformar roles y relaciones cristalizados a lo largo de siglos y milenios. Por ejemplo, la mujer estuvo desde siempre asociada a lo presimbólico: a la Naturaleza, a lo inconsciente. Al cuerpo. Y aquí hay otra batalla que librar.

Al menos en América Latina, el cuerpo de la mujer es todavía territorio colonizado. Habrá que reconocer que la denodada lucha por la legalización del aborto va obteniendo algunos logros, siempre en medio de densas contiendas contra el oscurantismo y la soberbia, que no le quieren reconocer a la mujer la libertad de disponer de sí misma, de su cuerpo y de su proyecto de vida. Pero hay algo más, profundamente doloroso. La trata. Sí, la trata de las esclavas del siglo XXI: las mujeres sometidas a la prostitución, y explotadas como si fueran bestias. Algunas, son niñas. Se calcula que en el mundo hay trata de seres humanos. Son entre 600 mil y 800 mil o un millón. El 80%, mujeres y niñas.

Se sabe que el capitalismo perfeccionó la explotación con las maquiladoras instaladas en América Central y en México. Aprovechando las migraciones forzadas por la miseria, se contratan obreras de entre 17 y 27 años, para someterlas a un trabajo semiesclavo (yo quitaría el “semi”). Algo parecido ocurre con mujeres de Turquía y Argelia en el viejo Mundo. Pero en el caso de las maquiladoras de Ciudad Juárez, en México, se agrega el secuestro para filmar películas que no sólo pertenecen al género porno, sino que ya son “snuff”; es decir, que terminan con la muerte de la víctima ante las cámaras. El grado de perversión dentro del sistema ha tocado fondo. Ya es conocida internacionalmente la lucha de las Madres del Dolor, que comienzan buscando a sus hijas, y siguen exigiendo justicia. Pero el Estado mexicano no ha implementado hasta hoy una política que haga justicia y prevenga esos crímenes.

En cuanto a la prostitución, miles de muchachas son atraídas mediante el engaño de empleos “honestos”, y sacadas de sus países de origen. Una vez llegadas a destino, se les quita el pasaporte, y se las encierra en establecimientos cuya clandestinidad está asegurada por la complicidad policial. Porque la trata y la explotación sexual de las mujeres no se ejercen sin la complicidad del Estado burgués, que gracias a las coimas que traficantes y proxenetas pasan a las llamadas “fuerzas de seguridad”, se ahorran actualizar los sueldos de sus funcionarios. La caja de la prostitución, en el país y en el mundo, es inconmensurable. Figura en primera línea junto con el narcotráfico, y en ocasiones supera los réditos que deja el contrabando de armas. Hace algunas semanas se liberó en el barrio porteño de Once a un grupo de muchachas dominicanas reducidas a ese tipo de esclavitud. Es preciso hacer algo al respecto. En nuestro medio, las noticias aparecen y desaparecen dentro del vértigo informativo. Mujeres jóvenes, algunas de ellas, niñas, desaparecen y nada se sabe de ellas.

Es preciso que las mujeres feministas tomemos el problema. ¿Que es difícil? ¡Por supuesto! Y en la atención de las niñas sometidas a la prostitución, tendremos que incorporar a los varones.

Todos estos dramas tiene en común la pobreza y la indefensión. No cabe duda de que la pobreza, en nuestros países (y en el mundo) tiene género. La pobreza es mujer.

Margarita Meira acostumbraba a pilotear temporales cíclicos. Quedar sin trabajo con una familia que mantener. El marido desaparecido por varios días en dictadura. Trabajar a la intemperie en Plaza Constitución, con el riesgo de que la policía hiciera volar el kiosco y le incautara la mercadería. Reclamar, como corresponde a una honesta ciudadana, por el derecho a trabajar para la modesta subsistencia del día a día. Criar los hijos y darles escuela. Fundar un comedor para los más desvalidos, y sostenerlo. Luchar contra un cáncer y salir victoriosa. Sin alardes. Sin autocompasión. Con una sonrisa siempre a flor de labios. Margarita Meira, amasada en la arcilla del pueblo, es exponente de las increíbles reservas morales y de lucha que hay en él, y que parecen en estado latente, hasta que del mismo fondo resurgen con fuerza sorprendente. Es casi seguro que Margarita no precisa medicación para dormir; su sueño no tiene sobresaltos, es más sólido que el de un leñador. Porque una constancia a toda prueba y el trabajo de sol a sol son los signos que guían su hacer cotidiano. El 16 de julio de 2004, el ordenador social de la pobreza, en disputa con los más desvalidos por el uso del espacio público, se la llevó detenida de las inmediaciones de la Legislatura porteña, sin pruebas ni testimonios consistentes de haber cometido delito alguno, salvo interesarse por la suerte de sus compañeros que manifestaban allí su rechazo a los cambios regresivos en el Código Contravencional. Junto con otros catorce trabajadores ambulantes, a Margarita se la conoció como uno de los presos de la Legislatura. Estuvo en la cárcel de Ezeiza hasta que catorce meses después, fue declarada en juicio libre de culpa y cargo. ¿Quién le devuelve esa porción de vida?